

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA LENGUAS: EL INTÉRPRETE DE MAGALLANES *

Resumen

Este artículo se encuadra en la temática de la historia de la interpretación, en particular la interpretación en la época de los viajes de exploración y descubrimiento de los europeos en el siglo XVI, y más concretamente en la expedición Magallanes-Elcano que dio la vuelta al mundo entre 1519 y 1522. El autor se apoya en el ejemplo del esclavo-intérprete de Magallanes para hacer algunas reflexiones sobre el oficio de intérprete en aquellos tiempos: su procedencia, su preparación, sus condiciones y métodos de trabajo, así como algunos aspectos relacionados con lo que ahora denominaríamos el código deontológico. Estas notas no pretenden agotar el tema, sino servir de sonda exploratoria para un trabajo de investigación más amplio y de aportación al estudio de la evolución histórica de los mediadores lingüísticos y culturales.

Summary

This paper deals with the history of interpretation, in particular the interpretation which Europeans used in their voyages of exploration and discovery in the sixteenth century, and more specifically in the 1519-1522 Magellan-Elcano expedition around the world. The author uses the example of Magellan's slave-interpreter to reflect on the profile of interpreters in those days: their origins, their training, their conditions and methods of work, as well as certain aspects related to what we would now call the professional code of conduct. The author has no intention of exhausting the question in these notes. This paper should be considered as part of a wider research and as an input to the study of the historical evolution of linguistic and cultural mediators.

1. Introducción

El título del artículo remite a una de las obras más famosas de Julio Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, dando así a entender algún paralelismo entre las dos hazañas, una real y otra novelesca, de dar la vuelta al mundo. En la obra de Verne, escrita en francés, sus protagonistas pasan por pintorescos episodios y superan obstáculos naturales y humanos, pero nunca tienen dificultad alguna para comunicarse, en inglés. Esta ausencia de barreras idiomáticas para los anglófonos en 1872, época de plena talasocracia victoriana, podría considerarse como una premonición, que, como otras del novelista francés, se haría realidad muchos años después.

La narración que hace el cronista Pigafetta (1519-1522 [1988]) de la primera circunnavegación del mundo por Magallanes-Elcano tiene, en cambio, abundantes referencias a los problemas idiomáticos con los que hubo de enfrentarse la tripulación de las naves que salieron de España en 1519 para regresar tres años después. Lo que separa a ambos relatos, aparte del registro realidad/ficción, son casi cuatro siglos de distancia. Nos hallamos, pues, ante dos mundos totalmente diferentes. Phileas Fogg, el protagonista de la novela de Verne, viaja equipado exclusivamente con veinte mil libras esterlinas, que son moneda corriente y auténtico *passpartout* en cualquiera de los lugares de su periplo. En cambio, Magallanes, cuyo objetivo era llegar a las Molucas por la ruta del Atlántico y el Pacífico, se lleva consigo, entre otros pertrechos, al lenguaraz Enrique de Malaca, un esclavo que había adquirido en una estancia anterior en Oriente, y también a un cronista para contarlos.

La documentación en la que se apoya lo que sigue -fundamentalmente la crónica de Pigafetta- procede exclusivamente del “descubridor” y “colonizador”, que goza del monopolio de escribir la historia. Por lo tanto, es por principio parcial. La visión de Pigafetta, como la de todo viajero en cualquier época, está modelada por sus coordenadas sociales y culturales, ya que todo lo ve a través del prisma de sus costumbres y de sus creencias. Su crónica manifiesta de forma muy clara la convicción que tiene de la superioridad “europea” en todos los planos: económico, social, militar, político, religioso, cultural. En la lectura que hago aquí de aquella narración yo he tratado de ser un poco más imparcial y ponerme en el lugar del intérprete.

El interés de la crónica de Pigafetta va más allá de los aspectos lingüísticos. En ella encontramos descripciones etnográficas y geográficas, algunas de ellas francamente pormenorizadas, así como su versión de las luchas de poder que hubo entre diferentes

miembros de la tripulación a lo largo del prolongado periplo de tres años. Pigafetta recopiló vocabularios en diferentes idiomas, que fue confeccionando mediante la recogida de la información que obtenía de sus cuidadosas observaciones. Con frecuencia, las fuentes que utilizó fueron esclavos o personas retenidas contra su voluntad, con los que a veces sólo podía comunicarse por señas. “La mímica fue sin duda el medio más rápido y usual utilizado entre los interlocutores”, dice L. Cabrero en su introducción a la crónica de Pigafetta (1988: 21). En todo caso el ejercicio del cronista es muestra de una loable curiosidad intelectual.

La expedición patrocinada por Carlos I a las Molucas se debe entender en el marco del reparto del mundo entre España y Portugal, a partir del Tratado de Tordesillas y de las bulas papales. El enfrentamiento entre las dos entidades políticas ibéricas en las antípodas del mapa resulta hoy tan surrealista como la fachada de la iglesia jesuitica de Macao, ese retal portugués que casi quinientos años después acaba de pasar a la soberanía de China. La zona de las Molucas gozó durante siglos de una fama legendaria de riquezas, que justificó un lucrativo ir y venir de comerciantes y de piratas. Valga como muestra literaria de esta segunda actividad en aquellos mares el personaje de Sandokán de Salgari, muy a tono con la referencia novelesca del título de este artículo.

2. El lenguaraz de Magallanes

Magallanes participó al servicio del rey de Portugal en expediciones a la India, a la costa oriental de África y a Oriente entre 1505 y 1516 y adquirió en Malaca un esclavo, al que bautizaría con el nombre de Enrique. Se lo llevó con él a Portugal y desde allí a sus campañas en Marruecos y al viaje a España del que surgiría la expedición de 1519 que daría la vuelta al mundo.

Dice Fernández de Navarrete (1964: 409) a propósito del esclavo de Magallanes:

“Cuando Magallanes estuvo en la India al servicio del Rey de Portugal, compró en Malaca un esclavo, natural de las islas Molucas, según algunos escritores, y de Sumatra según otros, al cual puso de nombre ‘Enrique’, y en España le enseñó la lengua castellana, que aprendió con mucha perfección y ‘hablaba muy ladino’. Sirvió a su amo y a los españoles de intérprete en las islas de la India, pues desde Malaca a Filipinas se hablaba o se entendía la lengua malaya...”

Esta cita merece algunas observaciones. En primer lugar, pone de relieve el papel de *lingua franca* que tenía el malayo en aquella región, como señalaron otros cronistas del siglo XVI: Galvão dice que el malayo era en aquella zona “como el latín en Europa” (Jacobs, 1970: 74-75). Entre la documentación recogida por Navarrete figura un texto de Maximiliano Transilvano según el cual la conversación en la isla de Cebú (Filipinas) se produjo mediante *relay* -modalidad que por cierto tuvo que utilizar también Hernán Cortés con Jerónimo de Aguilar y la Malinche para entenderse con los aztecas por aquellos mismos años.

“Por medio deste esclavo se entendió Magallaes y hobo lengua con el rey de Subuth, no porque el esclavo supiese ni entendiese la lengua de aquella tierra; mas estaba allí con el rey de Subuth un indio suyo que había estado en las Molucas, y sabía muy bien la lengua molucensa, y con éste se entendía el esclavo de Magallaes, así que por medio destes dos intérpretes se entendían los nuestros con los de Subuth hablando Magallaes a su esclavo, y el esclavo al indio de Subuth, y el indio al rey su señor”. (Fernández de Navarrete, 1964: 572).

Supuestamente el malayo serviría de idioma *pivot* en esas conversaciones entre europeos y filipinos. Pigafetta, que fue testigo presencial de los diálogos que registró, dice sin embargo que cuando el 28 de marzo de 1521 los expedicionarios entraron en contacto con los indígenas de una barca en el archipiélago de San Lázaro (hoy Filipinas) “un esclavo del capitán general, que era de Sumatra [...], les habló e inmediatamente le entendieron” (Pigafetta, 1988: 84).

En el texto de Navarrete citado más arriba destaca otra idea: la calidad del castellano que conocía el esclavo Enrique. Este aspecto es importante porque, como sabemos, las condiciones que ha de cumplir un intérprete para serlo son: conocer bien los idiomas y las culturas entre los que interpreta y media, estar familiarizado con el tema del que se habla en la mediación, y naturalmente saber trasladar de un idioma a otro las ideas que se transmiten entre los interlocutores. ¿En qué medida podía cumplir el intérprete de Magallanes esas condiciones?

Desconocemos cuál sería el origen social de Enrique de Malaca antes de caer en la esclavitud, pero no hay que dar por supuesto que fuera de extracción necesariamente humilde. Bernal Díaz del Castillo dedica el capítulo 28 de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* a explicar “cómo doña Marina [Malinche, la intérprete de Cortés] era cacica e hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos [...]”. Podemos imaginar que también Enrique procedía de un entorno acomodado y que tal vez por eso

conocía la *lingua franca* de la región. Curiosamente, tanto en la citada obra de la *História das Molucas* de Galvão como en la crónica de Pigafetta se alude al hecho de que los reyes tendrían una habilidad especial con los idiomas.

“Los reyes, príncipes y sus allegados tienen una forma de hablar que no es comprensible para el resto”. (Jacobs, 1970: 75)

“Cuando se encontraban junto a la capitana ya, le habló el esclavo [al rey]. El rey lo entendió, pues por aquellos parajes los reyes conocen más idiomas que sus súbditos...” (Pigafetta, 1988: 85)

Estas referencias podrían ser una indicación de que los personajes de mayor rango en aquellas sociedades asiáticas tenían una educación lingüística especial. Tal vez eran ellos quienes trataban con los mercaderes de diversos orígenes que pululaban entonces por la región y para ese contacto era preciso hablar una *koiné* que ellos mismos cultivaban o que aprendían precisamente gracias a esos encuentros.

En ninguna de las fuentes consultadas se alude a la edad que tenía el esclavo. Cabe pensar que cuando lo adquirió Magallanes era adulto joven y que pudo aprender un castellano que, en el mejor de los casos, sería idioma “B”. Digo esto porque con toda probabilidad hablaría la jerga de la marinería -había marinos de diez países en la expedición- o una especie de *portuñol*, ya que con Magallanes había vivido mucho más tiempo al servicio del rey de Portugal que del de España y no hay por qué pensar que Magallanes hablara habitualmente con su esclavo en castellano y no en portugués. De todos modos, los dos idiomas permitirían la intercomunicabilidad, entonces aún más que ahora.

Podemos conceder el beneficio de la duda de que Enrique hablaba el malayo como idioma A, aunque si era una *lingua franca* es probable que no fuera tampoco su lengua original. En todo caso lo tendría algo “oxidado” después de años de estar ausente de la zona. Según el diario de uno de los pilotos de Magallanes, Enrique se emborrachó para celebrar su regreso a una tierra donde se podía entender en su idioma (Roditi, 1970: 209).

Aún más problemático resulta fundamentar el conocimiento que Enrique tuviera de las culturas. Es cierto que él había vivido en Malaca o Sumatra y que había viajado por el mundo, como pocos coetáneos, en sus expediciones al servicio de Magallanes, de donde derivaría sin duda un cierto cosmopolitismo. Pero no es menos cierto que resultaba difícil asimilar sobre la marcha la diversidad de culturas y costumbres, que, como sabemos por las crónicas de la época, a veces cambiaban de una isla a la isla vecina. Tampoco hay que

subestimar las dificultades por las que debió de pasar Enrique de Malaca para absorber los aspectos más complejos de la cultura europea de la época.

Nada debe hacernos suponer que Magallanes maltratara a Enrique durante su estancia en Portugal y España. Al contrario, el que ostentaría el rango de capitán general de la armada dejó dispuesto en su testamento, firmado en agosto de 1519 en vísperas de su partida de España, que a su muerte su esclavo adquiriera la libertad -por ser cristiano- y diez mil maravedíes para su sustento (Roditi, 1972: 140). Ahora bien, una cosa es que Magallanes tuviera un trato humanitario con su sirviente y otra muy distinta que Enrique hubiera tenido acceso a una cultura “formal” y a unos conocimientos de experto en temas religiosos, políticos o jurídicos.

Me pregunto, pues, qué lectura habría que hacer de citas como la siguiente:

“Disertó con amplitud el capitán sobre la paz y sobre que él rogaba a Dios que la confirmase en el cielo. Contestaron que jamás habían oído cosas semejantes y que les causaba gran placer oírle. Observando el capitán el buen ánimo con que escuchaban y respondían, empezó a tocar asuntos que los indujeran a nuestra fe.

[...] Informóles el capitán de que Dios creara el cielo, la tierra, el mar y tantas otras cosas y de que impuso que se honrara a padre y madre (que quien lo contrario hacía era condenado al fuego eterno) y de que todos descendíamos de Adán y Eva, nuestros primeros padres y de que tenemos un alma inmortal y de muchos otros puntos referentes a la fe. ...”(Pigafetta, 1988: 95-96)

El intérprete, por lo que era costumbre en la época y por lo que sabemos, no había tenido ninguna formación específica en métodos de traducción, sino que, como tantos otros intérpretes espontáneos en la Historia, actuaría según su criterio le diera a entender. Pudo tal vez hacer una traducción más o menos “literal” de lo que escuchaba, suponiendo que hubiera términos correspondientes en el otro idioma -lo que evidentemente no siempre sería el caso porque hay conceptos de muy difícil traducción entre determinados idiomas- y suponiendo también que estuviera familiarizado con aquella terminología.

Quizás pudo optar Enrique por una traducción del “sentido”, pero evidentemente hay muchas cosas que carecen de sentido a menos que se comparta un mínimo contexto cultural. No debía de ser tarea fácil dar un curso acelerado de religión cristiana, con sus complicaciones y misterios, en malayo a unos isleños filipinos que tenían unas coordenadas

culturales totalmente distintas, aun cuando hubieran tenido ya contactos o noticias de mercaderes de otros lugares, incluidos los portugueses y los comerciantes musulmanes.

Me pregunto, pues, qué sería exactamente lo que Enrique el intérprete les transmitiría a los “reyes” filipinos para explicarles lo que significaban el cielo, el alma inmortal, Adán y Eva y el fuego eterno. Lamentablemente, sólo disponemos de la versión de las palabras pronunciadas por Magallanes, según las recogió Pigafetta, tal vez embellecidas o reestructuradas para fijarlas por escrito. ¿Qué sería lo que de esos discursos abstractos y a la vez floridos podría transmitir el intérprete? Y, suponiendo que hubiera logrado transmitir fielmente el sentido y el alcance de aquellas palabras, ¿qué entenderían los destinatarios? No hay manera de responder con exactitud a estos interrogantes. Pero no resulta descabellado pensar que los resultados se alejarían bastante de las pautas de comunicación interlingüística e intercultural a las que estamos acostumbrados hoy.

Según la documentación recogida por Fernández de Navarrete, el intérprete Enrique murió cuatro días después que su amo en una isla cercana a la de Mactán, en el archipiélago filipino, donde halló la muerte el capitán general de la armada. La visión eurocéntrica de la historia hace que sea el viaje Magallanes-Elcano el que figure en los anales como la primera circunnavegación del mundo. Si lo miramos desde otra perspectiva, Enrique de Malaca habría dado la vuelta alrededor de la Tierra desde Sumatra o Malaca por el oeste hasta llegar a Filipinas. Le faltó la travesía del Mar de la China meridional para regresar a la zona donde había nacido y completar así la vuelta al mundo. Si a Phileas Fogg le ayudó el hecho de ir en dirección oeste-este, con lo que ganó un día y no perdió la apuesta con los caballeros del club londinense, a Enrique de Malaca -que navegó en el otro sentido- le faltó muy poco para reencontrarse con sus raíces, y el destino lo condenó a morir en la *Isla del Día de Antes*, por emplear la alegoría de la novela de Umberto Eco.

El tema del destino del intérprete enlaza con otra cuestión importante: la de su “código deontológico”. Pigafetta acusa al intérprete de traición después de morir Magallanes en Mactán el 27 de abril de 1521:

“Nuestro intérprete, que se llamaba Enrique, por haber resultado ligeramente herido, no bajaba ya a tierra para resolver las cosas necesarias, sino que solía permanecer tumbado bajo una tolda. Por lo que Duarte Barbosa, gobernador de la nave capitana, le reprendió a gritos, advirtiéndole que no por la muerte de su señor, el capitán, quedaba libre, sino que ya se encargaría él de que, apenas de regreso a España, pasase a servir a doña Beatriz, mujer del capitán general; y amenazó con que, si no bajaba a tierra, había de mandarlo azotar.

Levantóse el esclavo, pareciendo obedecer a tales palabras, y bajó a tierra a transmitir al rey cristiano que querían marcharse pronto. Pero que, si querían concertarse con él, él se apoderaría de los barcos y de la carga toda; de manera que organizaron una traición. El esclavo volvió a bordo, aparentemente más activo que antes”. (Pigafetta, 1988: 112)

La misma acusación hizo Juan Sebastián Elcano, al mando de quien regresó a España la única nave que circunnavegó la Tierra. Tratemos de juzgar, con los elementos documentales de los que se dispone, el fundamento de la acusación. El hecho de que Enrique se quedara en el barco después de morir Magallanes no parece indicar que tuviera intenciones de desertar. Estaba herido y seguramente apesadumbrado por la muerte de su señor.

El desencadenante de su supuesta traición serían, según la cita de Pigafetta, los malos tratos de palabra de Barbosa, que era cuñado de Magallanes y debía de saber que el esclavo adquiriría la libertad a la muerte de su amo. El hecho de que Barbosa contradijera expresamente la última voluntad del capitán general es una prueba más del doble rasero con el que se aplicaba la legislación española. Enrique llevaba años siendo “cristiano” y hablando “ladino”, pero eso no impidió que los europeos lo consideraran inferior. Se puede alegar que Barbosa estaría con el ánimo muy alterado por los graves acontecimientos y que actuaría como quien se siente en peligro inminente. Pero la ansiedad del intérprete no debía de ser menor, y no resulta fácil imaginar que en esas condiciones estuviera tramando meticulosamente la traición. De hecho, si no lo hubieran forzado ni siquiera hubiera bajado a tierra.

Suponer que el intérprete podía tener con aquellos “filipinos” vínculos más estrechos que con la tripulación del barco es una simplificación más en la mentalidad europea: “no es de nuestra estirpe”, luego es de los “otros”, como si esos “otros” constituyeran una unidad. Frances Karttunen (1994) ha reflexionado ampliamente acerca del desarraigo de algunos intérpretes que, como Enrique, no pertenecieron ni a la sociedad que los adoptó -incluso a la fuerza- ni al entorno del que procedían. Enrique no pertenecía a ese pueblo filipino, que lo consideraría aliado de los europeos. Pero incluso en su tierra natal habría sido ya un extraño. Ese sería el sino de estos personajes a los que les tocó vivir de manera fronteriza entre distintos mundos sin un sentido claro de pertenencia a ninguno de ellos: su falta de raíces y su profunda soledad.

Además hay otros argumentos que abogan en favor de la lealtad del intérprete para con sus amos. Muy pocos días antes de que muriera Magallanes sucedió en la isla de Cebú el episodio siguiente que recoge Pigafetta.

“El intérprete repuso que su señor, como capitán de tan gran rey, no pagaba tributo a rey alguno del orbe y que si quería paz, tendría paz y, si guerra, guerra. Entonces el mercader moro advirtió al rey: ‘Cata, raja, chiba’; o sea: ‘Atiende bien, señor...’ Estos son los que conquistaron Calicut, Malaca y toda la India mayor. Si bien se les hace, hacen bien; si mal, mal y peor, como en Calicut y Malaca hicieron.

El intérprete lo comprendió todo y pudo interrumpir con que el rey su señor era más potente en soldados y en navíos que el rey de Portugal y era rey de España y emperador de todos los cristianos y que, si se negaba a ser amigo suyo, enviaría en otra expedición a tanta gente que lo arrasaría todo”. (Pigafetta, 1988: 93-94)

En esa intervención espontánea, que inspira la referencia que hice antes al uso probable del *relay* (el “moro” sería un musulmán conocedor del malayo), Enrique había demostrado que estaba de parte de su amo y que se alineaba con las posiciones de los expedicionarios europeos. Ciertamente, eso era excederse del cometido del intérprete tal como lo entendemos hoy, puesto que en ese caso habría actuado como parte activa en la negociación. Pero nadie le reprochó ese intervencionismo -probablemente tampoco nadie se lo agradeció- ya que se consideraría como una de las funciones del intérprete dentro de las expectativas del cliente y amo.

Pero el argumento más definitivo en contra de la idea de la traición del intérprete es que Enrique murió, junto con otros 26 expedicionarios, cuatro días después que Magallanes en la matanza que tuvo lugar durante el convite que les ofreció el rey de Cebú (Fernández de Navarrete, 1964: 448). Si Enrique hubiera conspirado contra los españoles en connivencia con aquel rey, lo más lógico es que éste hubiera tenido con él otra consideración. Los “filipinos” considerarían a Enrique como a un extraño al servicio de los europeos y por eso lo mataron, a pesar de lo cual los españoles, que tenían que encontrar un chivo expiatorio, le achacaron a él su aciaga suerte.

3. Observaciones finales

Sin querer elevar a definitivas unas conclusiones que exigirían una investigación más amplia, me permito exponer aquí algunos comentarios que se desprenden del caso que he presentado.

El trinomio que habitualmente afecta a la labor del intérprete es el siguiente: el emisor, que emite el mensaje original; el receptor, que escucha la interpretación que hace el intérprete; y el cliente, que es el que financia la interpretación. En el caso que nos ocupa el

cliente era a la vez parte -unas veces como emisor y otras como receptor. Enrique de Malaca no tenía con el cliente una relación contractual, sino que su condición era de esclavo a la entera disposición de su amo. De hecho, el intérprete sólo trabajó en esa función aproximadamente el último mes del viaje -y de su vida. El resto de los casi dos años que había durado la expedición hasta su muerte estaría dedicado sin duda a labores “no cualificadas” en el barco. Nada nuevo en la Historia, porque desde la Antigüedad era frecuente utilizar a esclavos como intérpretes.

Esa condición de dependencia viola uno de los principios de la interpretación tal como la entendemos hoy: el de la neutralidad del intérprete. En este caso, como en otros muchos de la Historia, el cliente consideraba al intérprete como parte de su equipo negociador. A los ojos del cliente, la lealtad del intérprete para con él se situaría por encima de la eficiencia en la comunicación, por importante que ésta fuera, sobre todo en situaciones extremas. Estas circunstancias vician el acto de comunicación puesto que el intérprete, por definición, se ve obligado a tomar partido.

Es evidente que el intérprete dispone del poder que le otorga el monopolio del conocimiento de los dos idiomas, por rudimentario que sea dicho conocimiento. De ello son conscientes sus usuarios. Pero su situación es tan frágil en casos como éste que, ante la menor sospecha de traición -y es habitual que quien no entiende lo que se está diciendo en otro idioma sea extremadamente suspicaz- sus amos no titubearán en utilizarlo como chivo expiatorio. Tampoco es nada nuevo en la Historia, sólo que en este caso hay un auténtico abismo social entre el esclavo, por muy “ladino” que hablara, y los “cristianos viejos” que son sus dueños.

Carecemos de elementos de juicio para valorar la calidad de la mediación lingüístico-cultural que realizó Enrique de Malaca. En todo caso, su actuación sirvió de modesta aportación para que la monarquía española estableciera una cabeza de puente en la región. Pero en la dominación de aquellos pueblos intervinieron otros factores no precisamente lingüísticos, entre los cuales la superioridad técnica resultó decisiva. La comunicación por medio del intérprete, en estos contactos iniciales, tuvo que ser necesariamente troncada debido a los defectos básicos ya señalados: su conocimiento insuficiente de los idiomas, culturas y temas; su conocimiento insuficiente de las técnicas de interpretación; y su falta de autonomía para ser un auténtico mediador neutral.

Hemos de pensar que muchos de los contactos establecidos a lo largo de la Historia entre comunidades de distintos idiomas a través de intérpretes debieron de ser rudimentarios.

Así y todo, los intérpretes fueron los artífices de la alquimia entre las lenguas. Magallanes tuvo razón al incluir entre los pertrechos logísticos de su expedición la munición lingüística del lenguaraz Enrique de Malaca.

Bibliografía

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (1989). *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María. Madrid: Alianza Editorial.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1964). *Expediciones al Maluco. Viaje de Magallanes y Elcano*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas.

JACOBS, Hubert Th. Th. M., S.J. (ed. y trad.) (1970). *A Treatise on the Moluccas* (c. 1544), probably the preliminary version of António Galvão's lost *História das Molucas*. *Sources and Studies for the History of the Jesuits, III*, St. Louis: Jesuit Historical Institute (Rome), St. Louis University.

KARTUNNEN, Frances (1994). *Between Worlds. Interpreters, Guides and Survivors*. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.

PIGAFETTA, Antonio (1519-1522 [1988]). *Primer viaje alrededor del mundo*. Edición de Leoncio Cabrero. Madrid: Historia 16, Información y Revistas SA.

RODITI, Edouard (1972) *Magellan of the Pacific*. Nueva York: McGraw-Hill Book Company.

* Este artículo es una versión corregida y aumentada de una comunicación leída en el II Encuentro de Traductores e Intérpretes Iberoamericanos y Caribeños, celebrado en La Habana, Cuba, del 28 al 30 de abril de 1999.